

Solemnidad de Pentecostés

- **Hch 2, 1-11.** Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar.
- **Sal 103. R.** Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra.
- **1 Cor 12, 3b-7. 12-13.** Hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo.
- **Jn 20, 19-23.** Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo; recibid el Espíritu Santo.

1. ¿Qué dice la Palabra?

La pascua concluye como empezó: Cristo Resucitado se aparece la noche del Domingo de Pascua en el Cenáculo. Él, que había sido resucitado por el Padre de entre los muertos, ahora está vivo, pero con la vida eterna, para siempre. Vale la pena recordar que la palabra Resurrección, que es la que experimenta Jesús, es muy distinta de lo que tal vez erróneamente conocemos por acciones similares que Jesús tuvo para con la hija de Jairo, el hijo de la viuda de Naín y Lázaro. Se habla allí de resurrección, pero en verdad debería decirse “reanimación”, ya que todos ellos murieron. “Resurrección”, es lo que hace el Padre por Jesús, darle la vida eterna para siempre, con un cuerpo inmortal. Jesús, por su obediencia al Padre, es el primero de los humanos, en presentarnos el camino. La humanidad pecadora tiene como consecuencia del Pecado, la muerte corporal. Pero Dios vino a rehacer este proyecto suyo de amor, enviando a su Hijo Único Jesús, el Cristo, para siendo el primero nos abra las puertas del cielo. Ya el terrible mal que nos aquejaba, ha sido vencido. La muerte, consecuencia del pecado ha sido vencida, por eso mismo, Jesús, cuando se les aparece a los discípulos reunidos, está completa y verdaderamente resucitado.

Ha llegado aquello que Jesús había anunciado antes: “su hora”, es decir el tiempo establecido. La Pascua, como misterio difícil de comprender por la mente humana, es esa hora, ese tiempo establecido por Dios, para invitarnos a pasar a la eternidad con Él.

El miedo, la entrega de la paz, la alegría producida por el encuentro, la insistencia en la paz que sólo proviene de Dios y Jesucristo la entrega a sus discípulos, ahora se vuelve en un envío misionero. Él da la paz, pero solicita que vayan en su nombre. Como el Padre envió a Jesús, así ahora Él envía a sus discípulos y le encomienda a su Iglesia perpetuar su presencia y su memorial activo. Haciendo viva su Palabra salvadora, les da el soplo de vida del Espíritu. Así como en el Génesis, el Padre Dios sopló sobre la humanidad el espíritu de la vida, ahora Jesús, el verdadero Dios por quien se vive, repite el gesto, pues la hora de la salvación ha llegado: “Recibid el Espíritu Santo”. Y otra vez, junto al dar el Espíritu, pide una prolongación de su salvación: A los discípulos, a la Iglesia que es sucesora y heredera de los discípulos, le otorga el poder de perdonar los pecados o de retenerlos.

2. ¿Qué nos dice Dios en la Palabra?

- Muchas veces nos encontramos encerrados por miedos. ¿Cuáles son esos miedos?
- Jesús vuelve a encontrarnos aunque estemos escondidos ¿nos alegramos por su visita?
- La presencia de Jesús nos trae la paz. ¿vivimos en paz? ¿qué cosas nos perturban la paz?
- Jesús sigue dándonos signos de su presencia como resucitado en medio nuestro. ¿Reconozco los signos de Jesús? ¿En algunas ocasiones pienso que Jesús me abandona?
- El resucitado se ha convertido en Señor del Universo, superando las leyes del espacio y del tiempo. ¿Me dejó alcanzar por el amor y la paz de Jesús?
- Jesús otorgó su paz y con ella el Espíritu Santo. Pero no podremos vivir en el Espíritu si no tenemos paz en nuestro corazón. ¿te has dado cuenta de esta gran verdad? ¿Qué relación hay en tu interior de paz, con el ser cristiano? Lamentablemente muchas veces se confunde al cristiano con el intolerante ante los demás, sobre todo cuando no viven como quisiéramos nosotros. ¿Somos nosotros de esos?
- El envío de Jesús a los discípulos nos invita a todos los que seguimos sus huellas ¿Somos capaces de descubrir que también a nosotros, los discípulos de hoy, nos envía Jesús, con la autoridad del Padre? Que no me tome a la ligera este envío, porque el Señor me pide que sea su testigo ante el mundo y Él algún día, en el final de los tiempos, me preguntará sobre esto.
- Jesús ofrece el perdón del Padre para todos. ¿Eres tú un agente del perdón, un representante de que hay que perdonar?

3. ¿Qué le decimos a Dios?

Gracias por venir a nuestra vida, cuando tenemos miedo y estamos escondidos. Señor danos tu Paz, necesitamos tu paz. Queremos vivir como tú nos pides, vivir según el Espíritu.

Señor, hemos dicho que somos tus discípulos, tus seguidores. Pero esto es más que un simple hecho intelectual. Es seguirte sin importar cómo ni dónde... Señor queremos ser portadores de tu paz. Gracias por enviarnos.

4. La voz del Papa

Regina Coeli 31/5/2020

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días! [...]

Hoy celebramos la gran fiesta de Pentecostés, en memoria de la efusión del Espíritu Santo sobre la primera Comunidad Cristiana. El Evangelio de hoy (cf. Juan 20, 19-23) nos remite a la tarde de Pascua y nos muestra a Jesús resucitado que se aparece en el Cenáculo, donde se refugiaron los discípulos. Tenían miedo. «Se presentó en medio de ellos y les dijo: “La paz con vosotros”» (v. 19). Estas primeras palabras que pronuncia el Resucitado: «La paz con vosotros», se deben considerar más que un saludo: expresan el perdón, el perdón concedido a los discípulos que, a decir verdad, lo habían abandonado. Son palabras de

reconciliación y perdón. Y nosotros también, cuando deseamos la paz a los demás, estamos dando el perdón y pidiendo perdón también. Jesús ofrece su paz precisamente a estos discípulos que tienen miedo, a los que les cuesta creer lo que han visto, es decir, la tumba vacía, y que subestiman el testimonio de María Magdalena y de las otras mujeres. Jesús perdona, siempre perdona, y ofrece su paz a sus amigos. No lo olvidéis: Jesús nunca se cansa de perdonar. Somos nosotros los que nos cansamos de pedir perdón.

Al perdonar y reunir a los discípulos en torno a Sí mismo, Jesús hace de ellos una Iglesia, su Iglesia, que es una comunidad reconciliada y lista para la misión. Reconciliados y listos para la misión. Cuando una comunidad no está reconciliada, no está lista para la misión: está lista para discutir dentro de sí misma, está lista para las [discusiones] internas. El encuentro con el Señor Resucitado transforma la existencia de los Apóstoles y los convierte en valientes testigos. De hecho, inmediatamente después dice: «Como el Padre me envió, también yo os envío» (v. 21). Estas palabras dejan claro que los Apóstoles son enviados a prolongar la misma misión que el Padre ha confiado a Jesús. «Os envío»: no es tiempo de encerrarse, ni de lamentarse: de lamentarse recordando los “buenos tiempos”, el tiempo pasado con el Maestro. La alegría de la Resurrección es grande, pero es una alegría expansiva, que no debe guardarse para sí mismo, es para darla. En los domingos del Tiempo pascual escuchamos primero este mismo episodio, luego el encuentro con los discípulos de Emaús, seguidamente el Buen Pastor, los discursos de despedida y la promesa del Espíritu Santo: todo ello está orientado a fortalecer la fe de los discípulos —y también la nuestra— en vista de la misión.

Y precisamente para animar la misión, Jesús da a los Apóstoles su Espíritu. El Evangelio dice: «Sopló sobre ellos y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo”» (v. 22). El Espíritu Santo es fuego que quema los pecados y crea hombres y mujeres nuevos; es fuego de amor con el que los discípulos pueden “incendiar el mundo”, ese amor tierno que prefiere a los pequeños, a los pobres, a los excluidos... En los sacramentos del Bautismo y de la Confirmación hemos recibido el Espíritu Santo con sus dones: sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad, temor de Dios. Este último don —el temor de Dios— es precisamente lo contrario del miedo que antes paralizaba a los discípulos: es el amor al Señor, es la certeza de su misericordia y bondad, es la confianza de que podemos avanzar en la dirección indicada por Él, sin perder nunca su presencia y su apoyo.

La fiesta de Pentecostés renueva la conciencia de que la presencia vivificante del Espíritu Santo habita en nosotros. También nos da el coraje de salir de las cuatro paredes protectoras de nuestros “cenáculos”, de los grupos pequeños, sin acomodarnos en una vida tranquila o encerrarnos en hábitos estériles. Ahora elevemos nuestros pensamientos a María. Ella estaba allí, con los Apóstoles, cuando vino el Espíritu Santo, protagonista con la primera Comunidad de la admirable experiencia de Pentecostés, y le rogamos que obtenga para la Iglesia el ardiente espíritu misionero.